

Una Palabra y el Destino Humano

LP 02/04/1958, p. 10
por Sebastián Salazar Bondy

Hay una palabra que, especialmente en labios de los ciudadanos de cualquier país de América, suena a insulto: "extranjero". Sociedades como las nuestras en plena formación, comunidades que buscan su sentido y su destino en la integración cultural, naciones que, a despecho de los brotes de exclusivismo nacionalista que de vez en cuando suelen infestarlas, tienen una neta vocación universalista, necesitan del aporte mundial, de la inyección humana y, espiritual de Europa y el resto del orbe habitado. De ahí que el cronista considere que la expresión que califica de extraños a quienes con nosotros, sin haber nacido en nuestro territorio, laboran por el progreso peruano, es no sólo insultante sino, lo que es peor, dañina para nosotros mismos. Las grandes culturas han sido producto de las mezclas interraciales e internacionales, y en base a ello un analista de la historia como Toynbee ha pulverizado la idea de la pureza étnica, esa que desde Gobineau a Rosenberg ha inspirado a buena parte de los totalitarismos modernos y contemporáneos.

El mundo actual, cuyos adelantos técnicos han logrado borrar de hecho todas las barreras fronterizas, aun las de los procelosos océanos, posee posiblemente como signo distintivo el de la comunicación de los pueblos, el de su reconocimiento por más distantes que se hallen unos de otros. Sólo los Niños Goyitos —o sea, las mentes pasmadas, detenidas en el siglo pasado— suponen que emprender un viaje al exterior es partir hacia la "terra ignota" de la aventura. Los aviones cruzan los aires llevando y trayendo gentes de las más diversas hablas a los sitios ubicados en los más diversos extremos. E, inclusive aquel que jamás ha sa-

lido de su lar natal suele familiarizarse a través de la pantalla cinematográfica con el perfil de las ciudades capitales del mundo, el color de los paisajes más exóticos de los cuatro puntos cardinales, las costumbres de las naciones más diferentes a la propia. Hoy —se puede decir— no hay nadie que no haya viajado. ¿Cómo es, enton-



ces —puede uno preguntarse—, que persiste en el léxico del hombre la palabra "extranjero"? ¿Y cómo, lo que es peor aún, ese vocablo puede aplicarse con el propósito de singularizar dentro de un grupo a alguien que está inmerso en él?

La tesis humanitarista, la que sostiene que el hombre es uno solo, sea cual fuere el tono de su tez, el carácter de su lengua, la indole de sus costumbres, es originalmente cristiana, pero es la cultura occidental, es decir, la cultura esencialmente cristiana, la que por una lamentable deformación ha llevado a sus peores rigores la discriminación nacional. Y si en Europa es inexplicable el uso de ese término de segregación, en

América es fundamentalmente contradictorio, sobre todo si se aplica por americanos a americanos. Los libertadores, no obstante las inquinas políticas que tantas veces los separaron, emplearon oficialmente la calificación continental cuando se refirieron a los ciudadanos nacidos en el territorio del Nuevo Mundo, desde Alaska hasta el Cabo de Hornos. No es por azar que nuestro tiempo es el de las confederaciones, alianzas y bloques internacionales. Quizá ello sea el primer paso hacia el establecimiento de una sola patria para todos los hombres. Oirse llamar extranjero es intolerable porque sitúa al ser humano en un estado de humillante disminución. Y ello atenta contra la dignidad humana, por la cual la inteligencia viene desde hace siglos luchando.

Que no se entienda, por favor, que el ideal de solidaridad y unificación universales equivale a la muerte de los caracteres nacionales profundos de cada comunidad y de cada individuo. Las creencias, los hábitos colectivos, los modos de vida peculiares y nativos, no morirán porque aquí un italiano o un chino sea considerado peruano desde el momento en que se incorpora a nosotros en la tarea colectiva, funda su hogar junto a los nuestros y entrega su vida a la tierra, fecundándola así. Si cada peruano, si cada americano, mira su árbol genealógico, encuentra que en la raíz hay uno que el estrecho criterio de los nacionalismos consideraría hoy "extranjero", pero que por su actitud ante el país y su obra para él merece como el que más el sustantivo gentilicio que nos enorgullece. Cabe alentar la esperanza de que el concepto y la palabra que nos ocupan desaparezcan un día de los diccionarios. Entonces, sin duda alguna, será la paz.